



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.



FILOSOFÍA POPULAR

PROGRAMA

I

Advenimiento del pueblo á la filosofía.

Al empezar una nueva obra, debemos explicar nuestro título y nuestro objeto.

Desde que la Humanidad ha entrado en el período de civilización, y en cuanto alcanza su memoria, el pueblo, decía Pablo-Luis Courier, *reza y paga*.

Reza por sus principes, por sus magistrados, por sus explotadores y sus parásitos;

Reza, como Jesucristo, por sus verdugos;

Reza por aquellos mismos que por su estado debían rezar por él.

Y luégo paga á aquellos por quienes reza;

Paga el gobierno, la justicia, la policía, la iglesia, la nobleza, la corona, la renta, el propietario, el alguacil de apremio, quise decir el soldado;

Paga por todo: por ir y venir, comprar y vender, beber, comer, respirar, tomar el sol, nacer y morir;

Paga hasta por tener el permiso de trabajar;

Y ruega al cielo que, al bendecir su trabajo, le dé siempre con qué pagar más.

El pueblo no ha hecho nunca más que rezar y pagar; creemos que ha llegado el momento de hacerle filosofar.

El pueblo no puede vivir en el excepticismo, como los individuos de la Academia y los agudos ingenios de la ciudad y de la corte. La indiferencia le es nociva; el libertinaje le repugna; tiene prisa por huir de esa corrupcion que le invade por lo alto. Por lo demás, lo que pide para sí, lo quiere para

todos, sin acepcion de personas. Nunca hubiera pretendido, por ejemplo, que la clase media necesite una religion, que la religion sea necesaria á los concurrentes á la Bolsa, á la *Bohemia* de los periódicos y de los teatros, á esa inmensa multitud que vive de la prostitucion y de la intriga; pero que, en cuanto á él, su robusta conciencia no tiene necesidad de Dios. El pueblo no quiere ni engañar, ni ser engañado por más tiempo: lo que hoy reclama, es una ley positiva, fundada en razon y en justicia, que se imponga á todos, y de la que nadie tenga derecho de burlarse.

¿Para responder á este deseo del pueblo, bastaria una reforma del antiguo culto? No. El pueblo ha visto que mientras él cree todavía, la religion no tiene curso, hace ya tiempo, entre las clases elevadas; que hasta en los templos ha perdido todo crédito y todo prestigio; que no entra por nada en la política y los negocios; en fin, que la separacion de la fe y de la ley es ya donde quiera un axioma de gobierno. La tolerancia del Estado escuda ahora la religion:

precisamente lo contrario de lo que sucedía en otro tiempo. El pueblo, pues, ha seguido el movimiento inaugurado por sus jefes: desconfía de lo espiritual, y no quiere ya una religion de la cual el maquiavelismo clerical y anticlerical ha hecho un instrumento de servidumbre. ¿Quién tiene la culpa?

Pero ¿es el pueblo capaz de filosofar?

Sin vacilar respondemos que lo es tanto como de leer, de escribir y de calcular; tanto como de aprender el catecismo y de ejercer un oficio. Llegamos hasta á pensar que la filosofía puede hallarse, toda ella, en esa parte esencial de la educacion popular, el oficio: cuestion de atencion y de práctica. La instruccion primaria requiere tres años, el aprendizaje tres años, total seis años: áun cuando la filosofía, cuya vulgarizacion ha venido á hacerse en nuestros tiempos una necesidad de primer órden, debiera ocupar al hombre del pueblo, además de los seis años de instruccion primaria y profesional con que se le abruma, una hora por semana durante otros seis años, ¿sería esto razon para

negar la capacidad filosófica del pueblo?

El pueblo es filósofo, porque está cansado de rezar y de pagar. Está cansado de fariseos y de publicanos; y á la hora en que estamos, todo su deseo es aprender á orientar sus ideas y á libertarse de ese mundo de peajes y de padres-nuestros. A esto hemos resuelto, algunos amigos, consagrar nuestras fuerzas, seguros de que si esta filosofía del pueblo toma á veces alguna extension bajo nuestra pluma, una vez conocida la verdad, no faltará quien la compendie.

II

Definición de la filosofía.

La filosofía se compone de cierto número de cuestiones ó problemas, que se ha considerado en todas las épocas como los problemas fundamentales del espíritu humano, y se ha declarado por esta razón inaccesibles al vulgo. La filosofía, decíase, es la ciencia de lo universal, la ciencia de los principios, la ciencia de las causas; puede por esto ser llamada la ciencia universal, la ciencia de las cosas visibles é invisibles, la ciencia de Dios, del hombre y del mundo: *Philosophia est scientia Dei, hominis et mundi.*

Nosotros creemos que las cuestiones en que se ocupa la filosofía, son todas de sentido común; y lo creemos tanto más, cuanto que, léjos de constituir una ciencia universal, esas cuestiones tratan sólo de las condiciones mismas del saber. Antes de soñar en ser sabio, es necesario empezar por ser filósofo. ¿Hay en esto algo de qué jactarse tanto?

Así, la primera y la más importante cuestión de toda la filosofía, es saber lo que es, lo que quiere, y sobre todo, lo que puede. ¿A qué se reduce todo esto? Va el lector á juzgarlo.

La FILOSOFÍA, según la significación etimológica de la palabra, la constante práctica de los pensadores, el resultado de sus trabajos y las definiciones más acreditadas, es *la Investigación*, y, en cuanto es posible, *el Descubrimiento de la razón de las cosas.*

Mucho tiempo y trabajo han necesitado los investigadores para llegar á esta conclusión que, con seguir el sentido común, se habria ocurrido á cualquiera, y comprenderán seguramente todos.

La filosofía, por lo tanto, no es la ciencia, sino los preliminares de la ciencia. ¿No es racional deducir, como hacemos há poco, que la enseñanza, en vez de concluir por la filosofía, debería empezar por la filosofía? Lo que se llama *filosofía de la historia, filosofía de la ciencia*, no es sino un modo pretencioso de designar la ciencia misma, esto es, lo más profundizado, lo más generalizado que hay en nuestros conocimientos, pues los sabios de profesion son aficionados á mantenerse en la descripcion pura y simple de los hechos sin investigar su razon. A medida que la razon de las cosas se descubre va tomando asiento en la ciencia, y el sabio sucede al filósofo.

Examinemos más á fondo nuestra definicion.

La palabra *cosa*, una de las más generales de la lengua, significa aquí, no solamente los objetos exteriores en oposicion á las personas, sino tambien todo lo que, en el hombre mismo, físico y moral, puede ser objeto de observacion: sentimientos é ideas, virtud y vicio, belleza y fealdad, alegría y dolor,

errores, intereses, simpatías, antipatías, gloria y decadencia, desgracia y felicidad. Toda manifestacion del sugeto humano, en una palabra, todo lo que pasa en su alma, en su razon, en su espíritu, lo mismo que en su cuerpo; todo lo que le afecta, ya como individuo, ya como sociedad, ó que de él emana y se hace objeto de filosofía, es *cosa* para el filósofo.

Entiéndese por *razon* el cómo y el por qué de las cosas en oposicion á su *naturaleza*, que es impenetrable. Así, el filósofo observará en cada cosa, el principio, la duracion y el fin; el tamaño, la forma, el peso, la composicion, la constitucion, el organismo, las propiedades, la potencia, las facultades; el aumento, la disminucion, las evoluciones, las series, las proporciones, las relaciones y trasformaciones; los hábitos, las variaciones, *máximas, mínimas* y *medias*; las atracciones, las afinidades, las concomitancias, las influencias, las analogías; en una palabra, cuanto puede hacer comprender la fenomenalidad de las cosas y sus leyes. Se abstendrá

de toda investigacion, como de toda conclusion, sobre la naturaleza ó sér de las cosas mismas, por ejemplo, sobre la *materia*, el *espíritu*, la *vida*, la *fuerza*, la *causa*, la *sustancia*, el *tiempo*, el *espacio*, considerados en sí mismos y con abstraccion de sus apariencias ó fenómenos.

Con su definicion, pues, la filosofia declara que hay en las cosas una parte que le es accesible, y es su RAZON; y otra de la cual nada absolutamente puede saber, su *naturaleza*. ¿Puede mostrarse á la vez más sinceridad ni más prudencia? ¿Hay por otra parte algo que siente mejor al pueblo que esta modestia? La filosofia, ella misma lo dice, es la investigacion, y, á ser posible, el descubrimiento de la razon de las cosas; no es la investigacion, y mucho ménos, el descubrimiento de su naturaleza; no nos quejemos de nuestro lote. ¿Qué sería una naturaleza sin razon ni apariencias? Y conocidas éstas, ¿quién se atrevería á decir que fuese aquella para echada de ménos?

Darse cuenta, en dos palabras, de lo que

en su interior pasa, de lo que observa ó hace fuera de sí mismo, es decir, de las cosas cuya existencia pueden acreditarle su conciencia ó sus sentidos, y cuya razon puede penetrar su espíritu; hé aquí lo que es filosofar para el hombre, para quien es materia de filosofia todo lo que le llega por los ojos del cuerpo y los del alma. En cuanto á la naturaleza íntima de las cosas, á ese no sé qué que la metafisica no puede dejar de tratar, é imagina ó concibe despues de haber hecho abstraccion de la fenomenalidad de las cosas y de su razon, si este residuo no es puramente la nada, no tenemos que ver nada con él; no interesa ni nuestra sensibilidad, ni nuestra inteligencia; no puede excitar siquiera nuestra curiosidad.

Ahora bien, ¿en qué es todo esto superior al alcance del vulgo? ¿No estamos sin saberlo todos y cada uno de nosotros filosofando continuamente, como el bueno de M. Jourdain, que hacía prosa sin saberlo? ¿Quién es el hombre que, en los negocios de este mundo, se cuida de otra cosa que de lo que interesa

su espíritu, su corazón ó sus sentidos? Para hacernos filósofos consumados, no se necesita sino hacernos fijar más la atención en lo que hacemos, sentimos y decimos: ¿es esto tan difícil? En cuanto á los contemplativos, á los que han querido ver más allá de la razón de las cosas y filosofar sobre la naturaleza misma, han acabado por ponerse fuera de la razón y la naturaleza; son los dementes de la filosofía.

III

De la calidad del espíritu filosófico.

Nos sale ahora al paso una cuestión, que es por cierto de bien diferente orden. Trátase de si la filosofía, de que se empezó por creer incapaz al pueblo, no llegará con su misma práctica á crear la desigualdad entre los hombres. ¿Qué deducir sobre este punto de nuestra definición?

Puesto que la filosofía es la investigación, y en cuanto es posible, el descubrimiento de la razón de las cosas, es claro que, para filosofar bien, la primera condición, la más necesaria, es observar bien las cosas; conside-

rarlas sucesivamente en todas sus partes y bajo todos sus aspectos, sin pasar á generalizar ántes de estar seguro de sus pormenores. Este es el precepto de Bacon y de Descartes, los dos padres de la filosofía moderna. ¿No podría decirse que al enunciarle, pensaban sobre todo en el pueblo? La filosofía toda está en la observacion interna y externa: es regla sin excepcion.

El filósofo, es decir, el hombre que investiga, que áun no sabe, puede compararse á un navegante encargado de levantar el mapa de una isla, el cual, no pudiendo para cumplir su encargo tomar á vista de pájaro una fotografia del país, se ve obligado á seguir atentamente y trasladar con exactitud al papel, unas despues de otras, todas las sinuosidades, vueltas y recodos de la costa. Terminado el bojeo y hechas ya las observaciones necesarias, el geógrafo habrá conseguido una representacion de la isla, tan fiel como es posible, así en las partes como en el conjunto, lo que nunca hubiera podido lograr si, manteniéndose á distancia, se hu-

ciera limitado á dibujar puntos de vista y paisajes.

Puede tambien el filósofo ser comparado á un viajero que, despues de haber recorrido en todas direcciones una gran llanura, reconocido y visitado los bosques, los campos, los prados, el viñedo, las casas, etc., subiera en seguida á la montaña. A medida que fuera ascendiendo, los objetos volverian á pasar ante su vista formando un panorama general, que acabaria de hacerle comprender las cosas de que, por la inspeccion de los detalles, no tuviera sino una idea incompleta.

Así pues, el filósofo debe, por decirlo así, ir costeando los hechos y referirse siempre á ellos; dividir su asunto, hacer enumeraciones completas y descripciones exactas; elevarse de las nociones más sencillas á las fórmulas más comprensivas; comprobar unas por otras las ideas generales y las percepciones particulares; mostrarse, en fin, donde la observacion inmediata es absolutamente imposible, sóbrio de conjeturas y circunspecto en las probabilidades; desconfiar de las

analogías, y juzgar, siempre con timidez y con reserva, de las cosas lejanas por las cercanas, de las invisibles por las visibles. ¿Sería demasiado decir que el hombre práctico está, bajo todos conceptos, más cerca de la verdad, ménos sujeto á la ilusión y al error, que el hombre especulativo? El contacto habitual con las cosas preserva de quimeras y de vanos sistemas: si el hombre *práctico* brilla poco por la invención, corre, en cambio, ménos riesgo de extraviarse, y pierde pocas veces por esperar. *Quien trabaja reza*, dice un refrán antiguo. ¿No puede también decirse: quien trabaja, por poca atención que preste á su trabajo, filosofa?

Sólo siguiendo este método de observación escrupulosa y lentamente ascendente, puede lisonjearse el filósofo de llegar á la cumbre de la filosofía, á la ciencia, cuyas condiciones son: certidumbre y síntesis. ¡No asusten á nadie estas palabras! Aquí también la más trascendental filosofía no tiene nada que no esté perfectamente al alcance del pueblo.

Un hombre puede haber visto más cosas

que la mayor parte de sus semejantes; puede haberlas visto más detalladamente y más de cerca; puede observarlas desde más alto ó en más vasto conjunto: cuestión de *cantidad* que en nada influye sobre la CALIDAD del conocimiento, nada añade á la certidumbre, y en nada aumenta por consiguiente el valor del espíritu. Esto es de grande importancia para la determinación del derecho personal, constitutivo de la sociedad: permítaseme aclarar con ejemplos mi pensamiento.

2 multiplicado por 2 es igual á 4: hé aquí una cosa perfectamente cierta para todos. Mas 27 multiplicado por 23, ¿qué producto da? Aquí, más de un ignorante dudará, y si no ha aprendido á calcular por números, necesitará largo tiempo para hallar la solución, y sobre todo, para verificarla. Tomo yo la pluma, y haciendo la multiplicación, respondo que el producto que se pide es 621. Es obvio que conociendo tan fácilmente el producto de 27 por 23, y pudiendo con la misma prontitud y seguridad verificar la multiplicación de todos los números posibles por to-

dos los números posibles, sé más que aquel cuya capacidad aritmética no va más allá de la operación elemental $2 \times 2 = 4$. ¿Tengo por esto más certeza? De ninguna manera. La cantidad del saber, repito, no añade nada á la calidad filosófica del saber: en virtud de este principio y otro del todo semejante de que luego hablaremos, la ley francesa, producto de la revolución del 89, nos ha declarado á todos iguales ante la ley. Entre dos ciudadanos, entre dos hombres, puede haber desigualdad de saber adquirido, de trabajo efectivo, de servicios prestados; no hay desigualdad de calidad en la razón: tal es en Francia el fundamento del derecho individual, tal la base de nuestra democracia. El antiguo régimen no razonaba así; ¿se dudará aún de que la filosofía sea el legado del pueblo?

Otro tanto sucede con la facultad comprensiva del espíritu.

2 multiplicado por 2 produce 4, y 2 sumado con 2 hace también 4: por un lado el *producto*, por otro la *suma*, son iguales.

Por poco que el ignorante á quien se haga esta observación reflexione, se dirá que la adición y la multiplicación, aunque partiendo de dos puntos de vista distintos y procediendo de dos maneras diferentes, se resuelven, en este caso particular, en una operación idéntica. Haciendo un nuevo esfuerzo, ese ignorante comprenderá que 2 rebajado de 4, ó 4 dividido por 2, da siempre 2; de modo que la sustracción y la división se resuelven también, en este caso particular, en una sola y misma operación. Todo esto le interesará, le asombrará tal vez: en la medida de 2 á 4 tendrá un golpe de vista sintético de las cosas. Pero el matemático sabe mucho más, y su síntesis es mucho más comprensiva. Sabe que operando con números superiores á 2, los resultados no pueden ya ser los mismos; que la multiplicación es una suma abreviada, y la división una sustracción también abreviada; que además la sustracción es lo inverso de la adición; la división, lo inverso de la multiplicación; en resúmen, que todas estas operaciones y otras

áun más difíciles que de ellas se deducen, se refieren al arte de componer y descomponer la serie de los números. ¿Tendrá por esto el derecho de creerse superior al otro, en naturaleza y dignidad? No, en verdad: toda la diferencia está en que el uno ha aprendido más que el otro; la razón es igual en los dos; y por esto el legislador, á la vez filósofo y revolucionario, ha decidido no hacer entre ellos diferencia de persona. Por esto, en fin, la moderna civilización tiende invenciblemente á la democracia: donde reina la filosofía, donde está por consiguiente reconocida la identidad de la razón filosófica, la distinción de clases, la jerarquía de la Iglesia como del Estado, es absolutamente imposible.

Razonamientos análogos se pueden hacer en todos los ramos de conocimientos; y por todos se vendrá siempre á esta conclusión: para el que *sabe*, la certidumbre es de igual grado y calidad, cualquiera que sea la extensión del saber. Del mismo modo, para el que ve la relación de muchos objetos ó de mu-

chas ideas, la síntesis es también de igual forma y calidad, cualesquiera que sean las relaciones encontradas. En ningún caso hay motivo para distinguir entre la razón del pueblo y la razón del filósofo.